

BOTÁNICA POLÍTICA ALGUNAS REFLEXIONES



Roxana Acevedo, Coatepec, 1995

Hay plantas buenas y plantas malas. Unas amistosas y entrañables, mientras que otras son hostiles, agresivas...

El maíz es una planta luminosa y fraterna. Como lo son el frijol y la calabaza, que conviven en la milpa campesina. También son favorables los múltiples frutales que se entrelazan en la huerta tradicional, así como los chiles, tomates, rábanos y chayotes que crecen junto a la vivienda.

Pero así como las hay benévolas, también hay plantas oscuras, ominosas...

El henequén, por ejemplo, es malvado. Y no por su talante erizado y espinoso, sino porque a su vera el pueblo maya perdió la libertad. En aras de sus vertiginosas plantaciones, la "casta divina" de Yucatán arrasó con las comunidades reduciéndolas a la esclavitud. Por eso los campesi-

nos peninsulares —pese a que lo conocían y usaban antes de la conquista— hoy no quieren al henequén, testigo y cómplice de su desgracia, verde grillete de su sumisión.

La dulce y jugosa caña de azúcar es también una planta enemiga; un cultivo avasallante que a su paso barre con las milpas campesinas, agota las aguas, tala los bosques, consume a los hombres. En Morelos el cerco verde de las cañas asfixió a las comunidades nahuas hasta que el zapatismo dijo basta. La revolución del sur fue una guerra de pueblos contra haciendas, pero también un combate de milpas contra cañaverales.

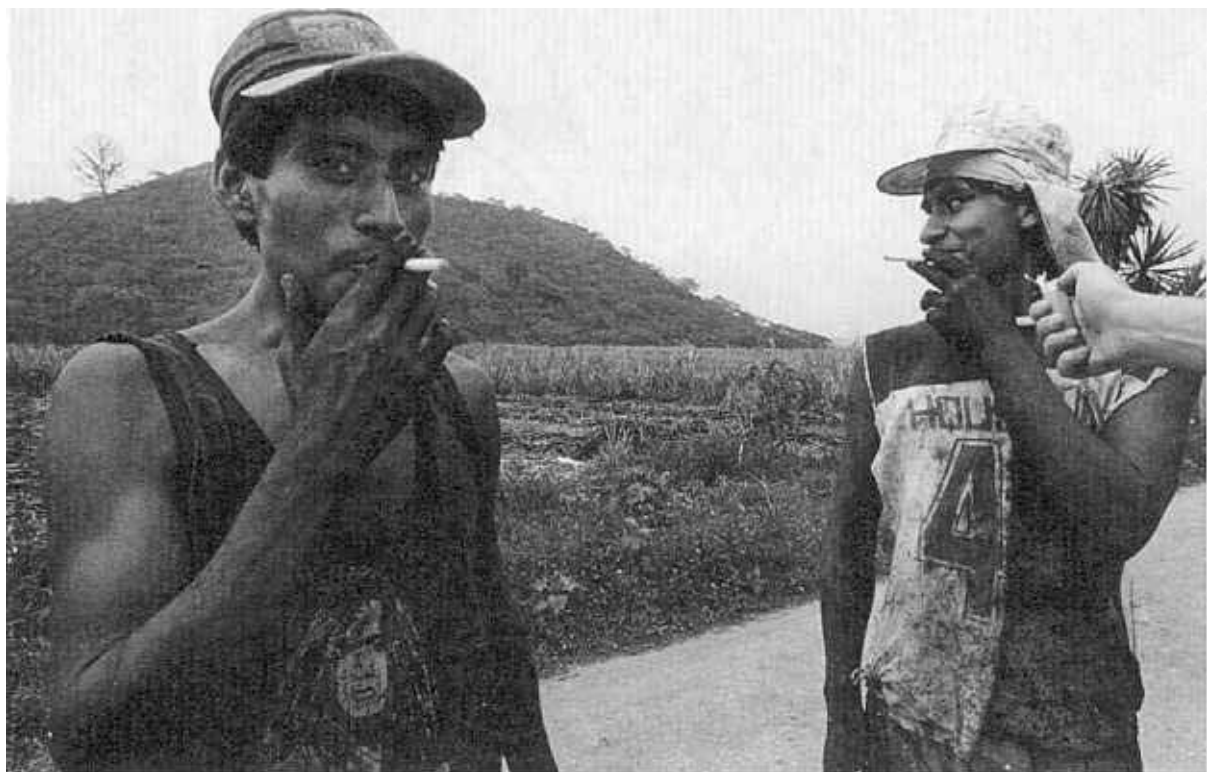
Hostil es el tabaco, y no por efisémico y cancerígeno, sino por que en Valle Nacional y otras zonas de cultivo consumió a ejércitos de "enganchados".

Como son odiosos los grandes plantíos de algodón, que año tras año derrengaban a miles de piscadores en los interminables latifundios de La Laguna.

El café también es una planta funesta. Tras del amable arbolito, de fresco follaje y rojos frutos, se oculta una historia de ignominia y explotación.

lengo, dejó exhaustos a miles y miles de pizcadores en aras de producir un aromático de excelencia.

Durante todo el Porfiriato, y hasta bien entrado el siglo veinte, las plantaciones fueron lugares de penuria y explotación. Para más de tres generaciones de pizcadores forzados, el del cafeto fue un cultivo esclavizante y ajeno,



Roxana Acevedo, Coatepec, 1995

La llegada del café a las laderas de Soconusco propició la moderna esclavitud de los pueblos indios de Los Altos de Chiapas. Varias generaciones de tzeltales y tzotziles de la zona de San Cristóbal, así como de mames y mochós de Motozintla, se derrengaron como galeotes estacionales en las inhóspitas plantaciones. Para pizar el café, destinado a San Francisco, Bremen o Hamburgo, los finqueros alemanes hicieron esclavos de entrada por salida a los genéricos “chamulitas” pobladores de las zonas ariscas del estado.

En Oaxaca, los cafetales de Pluma Hidalgo, Juquila y Miahuatlán saquearon las energías de legiones de mixtecos. En Córdoba, en Jalapa y en las huertas privilegiadas de Coatepec la cafecultura veracruzana, de rancio abo-

una labor impuesta e ignominiosa. Y los campesinos odiaban el café.

Con la Revolución no cambiaron las cosas. El alzamiento popular fue justiciero, y en los años veinte algunos latifundios pasaron a manos campesinas. Pero las plantaciones quedaron igual.

La presidencia de Obregón y el gobierno y maximato de Calles ratificaron la percepción campesina de que ciertos cultivos —como el del henequén y la caña, el algodón y el café— eran definitivamente enemigos, asunto exclusivo de hacendados y finqueros. En el nuevo México de la posrevolución las plantaciones siguieron siendo inhóspitas; campos de exterminio que la epidémica sindicalización no emancipó. Y los campesinos, reducidos a la condi-

ción de pizcadores de huerta ajena, seguían odiando el café.

Las cosas comenzaron a cambiar a fines de los años treinta, cuando el gobierno de Cárdenas opta por una vía agraria campesina, decide que los ejidatarios son capaces de manejar cultivos agroindustriales y calcula que la economía doméstica pueda vérselas con cultivos de plantación

ros se enfrentan a las huertas de mala manera. Al comienzo las cultivan desidiosamente, como quién no quiere la cosa. Y apenas pueden las administran al modo finquero mediante trabajadores contratados.

No es fácil reconciliarse con el enemigo. Cuesta trabajo acquerenciarse con el cultivo que expropió a padres y abue-



osana Acevedo

Y Cárdenas expropia y reparte algodonaes, henequenes, cañaverales... Al final de su sexenio expropia y reparte también algunas plantaciones de café.

Pero la hostilidad entre los campesinos y las plantaciones viene de antiguo y no desaparece con el cambio de propiedad. Las pencas de henequén que obtienen los flamantes ejidatarios de Yucatán no son el orgulloso producto del trabajo campesino, sino el alimento que demandan las desfibradoras y cordelerías privadas, la materia prima que exige la paraestatal Cordemex. Las cosechas de los ejidatarios cañeros no son dulces frutos de la parcela doméstica, sino ofrendas a la insaciable voracidad del ingenio privado o paraestatal.

Al principio, también los inéditos ejidatarios cafetaleros

se enfrentan a las huertas de mala manera. Al comienzo las cultivan desidiosamente, como quién no quiere la cosa. Y apenas pueden las administran al modo finquero mediante trabajadores contratados.

No es fácil reconciliarse con el enemigo. Cuesta trabajo acquerenciarse con el cultivo que expropió a padres y abue-

los. Y menos cuando el flamante dueño de la pequeña huerta tiene que trabajar para el acaparador, para el coyote, para el propietario de la planta de beneficio. O cuando trabaja para Inmecafé, que no es lo mismo pero es igual.

Pero, con el tiempo, los campesinos mexicanos han ido aprendiendo a confraternizar con el cafetal. Si al principio lo cultivaban como de soslayo, hoy algunos —muchos— están desarrollando una cultura agrícola propia; están domesticando al enemigo ancestral; están campesinizando un cultivo finquero, que por décadas les resultó hostil.

Es más, algunos campesinos están empezando a tomar